

Desde mí misma: Una reflexión tras el sismo, para el gremio de la construcción

Por Carmen Perdomo

Antes de empezar, debiera confesar, que probablemente no estuve lo suficientemente afuera, en campo, como para poder resumir en unas líneas la realidad del todo. Debiera, además, añadir que la razón principal siempre fue la renuencia que sentía a enfrentar a la gente, a mirar la tragedia a la cara y no saber que decir... que sentir.

Yo no puedo, nadie puede, dar una visión completa de lo que acontece, el dolor, la pérdida, la muerte no pueden ponerse en palabras, más que en las que los nombran. Es así que como bien dicen, uno no puede hablar, más que por sí mismo.

En lo poco que salí, que experimenté, que viví, se me hizo común escuchar algunas frases similares entre sí, frases que decían cosas como: –es mejor derrumbarla y volverla a hacer... igualita, si quieren–, o –eso ya no tiene reparación, ya fue– e incluso algo como –aquí solo hay de dos sopas, evolucionar o morir–; todas estas frases acompañaban y justificaban una postura, una opinión que no llegaba a dictamen, pero que en más de una ocasión fue ejecutiva; todos defendían un argumento que iba acompañado de la única posibilidad existente, de la ineludible realidad: El edificio era inhabitable.

Inhabitable, que no se podía salvar; todos, colegas arquitectos, ingenieros y uno que otro contratista me decían esto a mí, a un testigo externo, llamado a sitio como ellos, a ser una opinión más de esas que apenas valen nada. Sí, todos firmemente me decían y se decían... yo, los miraba intrigada, preguntando en mi mente si serían capaces de decírselo **así** a la gente; más no olvidaba que muchos de ellos venían haciéndolo **así**, ya durante días.

No pude evitar cuestionarme si estábamos realmente conscientes de lo que un “inhabitable” significaba, si nos estábamos realmente enterando de lo que con ello acontecía, de si comprendíamos no con la mente, sino con el alma lo que con ello le pasaba a quienes solían hacer allí su vida.

¿Estaremos como gremio, como humanos, como testigos externos siendo suficientemente sensitivos con los que lo han perdido todo, con los que se han quedado sin nada, con los que conservan la vida pero han perdido la voluntad de vivirla? ¿Cómo entender la tristeza que embarga un corazón fragmentado, un corazón que ayer tenía una casa, un hogar, un pedacito de mundo contenido en cuatro muros y que hoy no tiene nada? ¿Cómo comprender la pérdida de la privacidad, de la intimidad, de la idea de control sobre tiempo y espacio? ¿Cómo visualizar que su rutina ya no les pertenece, que se han quedado varados en un lugar donde ya no importa el paso del día a la noche?

¿Cómo explicar su cambio de realidad, que su entendimiento sobre el mundo acaba de cambiar para nunca jamás volver a ser igual? ¿Cómo sentir el dolor ajeno, su magnitud, su fuerza? ¿Cómo reaccionar ante las personas que han muerto ya media vida junto con sus edificaciones? ¿Cómo comprender que entre ese montón de piedras y de escombros que hoy se apila y se saca, se están llevando el pasado de alguien, sus alegrías y sueños, sus ratos felices e infelices, sus anhelos más grandes, los alcanzados y los malogrados? ¿Qué se necesita para ver que en esa montaña de cascajo están inmersos aún su ser, sus días, sus noches, sus primaveras y otoños, cómo entender que se han quedado solo con el invierno?

¿Cómo asimilar todo esto y más que nada, para qué? ¿Será que realmente el intentar mirar las cosas con sus ojos, pudiera traer un cambio en el tono de nuestra voz, será acaso que pudiéramos recubrir nuestras palabras de empatía, sintiendo su realidad, y al final, será que el tratar de entenderlos realmente, pudiera hacer las cosas distintas para ellos?

¿Será que pudiéramos sembrar esperanza en tierra infértil, reconfortar lo inhóspito? Y a todo esto, ¿Valdría la pena suavizar sinceramente una triste verdad, una cruda realidad?

Ninguna de estas respuestas las tengo yo... solo sé que puedo hablar, desde mí misma, y decir que los pares de ojos anhelantes que hoy acuden a nuestra ayuda, no tienen el mismo efecto en todos, que esas caras que cuestionan expectantes no logran transmitir sus ansias, ni apelar a lo poco que ya nos queda de humanos. Solo siento que a veces es necesario preguntarse, y con ello, de ser posible, pensar en guardarse un diminuto fragmento de esa angustia ajena, de esa pena inmensa y de esa desolación, en el alma propia. Un trozo pequeñito bastaría, para que cuando emergiera “la opinión de experto” a través de nuestra voz, llevará impresa un ligero desasosiego, un quiebre con la razón, y tal vez, unas palabras de corazón, quizás así pudiéramos dar además de una opinión, un remedo de consuelo para quien lo ha perdido todo y que hoy pone su realidad en nuestras manos.

Porque sí, con certeza, aún la más terriblemente ejecutada recomendación de derrumbe, tendrá inherentemente como respuesta, un nostálgico –gracias–; más solo quienes entregan, a cambio de un pedazo de tragedia, un trocito de sí mismos en una palabra de aliento, tendrán, además de ese –gracias–, la única cosa que puede dar quien nada tiene: el humilde, el delicado, el anhelado obsequio de una bendición; Es así que solo algunos, los que se permitan esa apertura, esa triste dicha de re-sentirse humanos, tendrán como respuesta a su intento de dictamen, un reconfortante –¡gracias, y que dios lo bendiga!–.

Ciudad de México. 18 de octubre del 2017